

Presentación

Uno se siente gratamente reconfortado tras leer trabajos como el que ahora toca presentar. Ni diría yo doblemente, sino en todos los sentidos. Cuando de Historia de la Alquimia se trata, solemos pensar en una parte muy específica del pasado, en algo constreñido a su propia naturaleza, pintoresca, incluso entrañable. Si bien es cierto que el pasado, todo el pasado, el material de los historiadores a partir del cual creamos la Historia, tiene siempre algo de curioso y afectivo, ya que también fue así, no es menos cierto que cuando se trata de Alquimia hacemos una contracción virtual de la realidad anterior. Y sin embargo, aún siendo conscientes de tal reducción, nos sentimos satisfechos la mayoría de las veces.

Esto ocurre con bastante frecuencia dentro de la Historia de la Alquimia. De ahí que en ocasiones como ésta, haya que agradecer trabajos como el realizado por José Rodríguez. En una ocasión él me dijo que, más allá de la propia Alquimia, tanto o más interesante le resultaba el impacto que ella, y sus efectos o derivaciones, tuvo en la sociedad y la cultura de la época analizada. Y es eso mismo, el impacto de un elemento dentro de una sociedad, lo que determina el aspecto de dicha sociedad y de su cultura. Hasta tal punto esto es así, que, una vez leído lo que sigue a continuación, no nos cabe la menor duda. La alquimia, como contenido de una investigación que culmine formalmente en una publicación, en un trabajo de investigación, puede, podría, ser cuestión vista en las facultades de Farmacia, Medicina, Filosofía, Arte Física y/o Química, tal es su envergadura. A poco que miremos, se notará la amplísima realidad histórica subyacente que ella contiene. En esa realidad ha quedado excluido generalmente el aspecto social hasta hace muy poco tiempo, más concretamente, el aspecto más popular de todos.

Hay un creciente interés hacia las prácticas derivadas de la Alquimia que hacen que los alquimistas queden insertos dentro de un marco nuevo: ahora son vistos también como “artesanos”, como “practicantes”. Como muy bien dice Pamela Smith, desde los joyeros a los cerrajeros, de los carpinteros a los pintores, desde los artistas a los artesanos, de los boticarios a los secretistas, todos fueron muy solicitados por los

científicos nuevos de los siglos XVI y XVII por sus conocimientos íntimos con los que trabajaban de forma activa, con materiales naturales y también por la habilidad que tenían para manipularlos. Teniendo en la mano un conjunto imponente y fascinante de pruebas de ello, incluidos los objetos de los artesanos, hubieron de rendirse ante ellos por su conocimiento tan arraigado en la materia y la Naturaleza. Ellos son ejemplos vivos de una sinergia Renacentista entre el arte, oficio, y ciencia, y conforman un episodio olvidado de la llamada Revolución Científica, un episodio que alteró para siempre la forma que vemos al mundo natural.

Volviendo a los recovecos que el impacto de la medicina química alcanzó en la Europa de la Edad Moderna dentro de su vertiente más popular, no debemos de olvidar ahora dos cuestiones. La primera es que no debemos de asociar popularidad con ámbitos concretos de la sociedad. El hecho de que un medicamento de origen alquímico se convirtiera en popular no indica eso. En muchas ocasiones la fama de la medicina y la de su autor alcanzaba todos los niveles sociales. Por ejemplo, se decía que Diana de Poitiers, duquesa de Valentinois (1499-1566), mantenía su belleza gracias al oro potable que consumía. Y así se nos multiplican los datos uno tras otros, tanto de los productores como de sus inventores.

La fe en el oro potable que existió durante todo el siglo XVII, y en todos los rincones de la sociedad fue un fenómeno que adquiere rasgos de interés sociológico. Más aún cuando, desde la Historia de la Ciencia y de la Alquimia, sabemos que fue una derivación y una secuela del acercamiento entre la Medicina y la Alquimia. Diríamos que fue una ramificación extrema e inaudita de un proceso iniciado más de un siglo antes, a fines de la Edad Media, al que en su desarrollo se fueron añadiendo elementos que orientaron su recorrido posterior. El crédito depositado en el oro potable durante tantos años, la obsesiva convicción de sus excelentes propiedades terapéuticas es difícil de entender aún conociendo sus causas. Es cierto que la medicina tradicional vio mermada su credibilidad desde que sus remedios se mostraron ineficaces en las epidemias italianas del siglo XV y, ya en el siglo XVI, en sus tratamientos ante el “mal francés” o morbo gallico. También que el auge de la Medicina química provocó, mediante la destilación y el uso de metales y minerales, la búsqueda de unas medicinas más eficaces y potentes, válidas incluso para varias enfermedades, cuya popularidad hizo que se consideraran panaceas. Además, la difusión de la “medicina popular”, más tangible y accesible, multiplicó la existencia de secretistas, hombres capaces de inventar

y comercializar unos productos, los remedios secretos, con unas altas virtudes sanativas. Pero, aún con todo esto, el fenómeno histórico que tiene como centro el oro potable no es comprensible si no atendemos a otros factores de índole distinta. Se vendía en pequeñas ampollas y se adquiría sin grandes complicaciones. Pero era tan sólo uno más de los medicamentos célebres, junto a, por ejemplo, el agua de vida de Alderete, aceite de animal de Dippel, los polvos de Cornachino, los universales de Matías de Beínza, las gotas de Inglaterra, el polvo de simpatía, el polvo de víboras y el polvo de ojos de cangrejo.

En segundo lugar, hay que empezar a reconocer que los historiadores de la Ciencia también tienen un enorme depósito de información en este tipo de prácticas, ya que en ellas se concentraban grandes *corpus* de conocimientos. Poner como objeto digno de estudio y susceptible de merecer la atención del historiador de la forma en quinta esencia se ha hecho en este trabajo supone, nada más y nada menos que echar una mirada en la historia de las prácticas culturales. Los medicamentos secretos representaron muchas veces las soluciones a determinados problemas de salud, que era lo realmente importante para el consumidor y donde reside la naturaleza de su popularidad, aunque bien nunca fueran compartidos los componentes de los mismos.

Más allá del valor de la ciencia popular durante la Edad Moderna que podemos observar en las páginas que siguen, también podemos ver la existencia de deseos de vulgarización de conocimientos que se consideraban accesibles sólo a los eruditos. Incluso nos atreveríamos a decir que representaban la culminación práctica y la verificación tangible de la idea que se tenía de la Naturaleza y que reflejaban el orgullo del hombre al desentrañar y dominar su poder.

Así pues, la presencia de trabajos como éste sirve para alentar al historiador a adentrarse sin miedo en los rincones de la historia, para dejar patente la exacta envergadura y la importancia de ciertos rasgos culturales de la Edad Moderna que aún siguen ignorados para la mayoría de nosotros.

Miguel López Pérez